

## La edición reticente

### Andrea Palet

Con todo lo que los quiero, debo decir que me alegra que no estén aquí mis padres y mis alumnos. Mis alumnos, porque parte de lo que voy a decir es exactamente lo contrario de lo que les digo en un máster en edición que me toca dirigir en Santiago. Y mis padres, me alegra que no estén aquí porque ellos me enseñaron que era feo hablar mucho de sí mismo, y es lo que voy a hacer a continuación. Pero además porque me enseñaron que era feo rechazar un halago, y es justo lo que voy a hacer a continuación.

No aceptar un halago, un reconocimiento, un piropo –como cuando te dicen *qué lindo te queda ese vestido*, y tú, *mentira, me veo gorda y me queda horrible*–, no es una señal de modestia o de obsesión por la búsqueda implacable de la verdad, sino una reacción descortés y desconsiderada que revela una incomodidad interna, una incomodidad que no tiene que ver con el piropeador sino con ese sentimiento tan contradictorio, y tan común en nuestro horizonte profesional, que es la soberbia.

Pues bien, aquí el halago es “el editor es la estrella”, y lo que la maleducada hija de los señores Palet intentará es matizar ese reconocimiento tratando de convencerlos al mismo tiempo de que no se trata de soberbia –de verdad *muchas* gracias por decirme que me queda lindo el vestido–; se trata de explicar un camino que, por ponerle un nombre, he llamado el de la edición reticente, o edición sí pero no.

Por supuesto hay editores que sí son estrellas por mérito propio, y los lectores les debemos mucho. Esos editores están en todas partes, no solo en las editoriales independientes dedicadas a la literatura no comercial, que tanta consideración reciben por estos días. También están en las editoriales *king size*, aguantando el tipo, y en las buenas editoriales científicas, por ejemplo, o en las que hacen diccionarios, o mapas, pero estos como que se nos olvida que existen.

Lo que no me parece tan claro es que la figura del editor, institucional o gremialmente hablando, deba ser tratada como estrella alguna vez. Lo que no me parece tan seguro es que pueda reclamar para sí, o atribuírsele, un estatus demasiado elevado en la telaraña de la cultura actual, esta trama que ha mutado tanto en su textura y en los patrones del tejido que nos tiene a todos tratando de adivinar, desconcertados, sin perspectiva, cuál va a ser finalmente el dibujo que va a replicarse en las siguientes generaciones.

Quiero decir, en otras palabras, que la figura del editor de libros como una suerte de salvador de la cultura no sé si me convence. Quizá porque veo series de televisión todo el día. Veo *Wallander*, veo *The Bridge*, veo *Les Revenants*, veo *Bates Motel*, o *Big Love*, y lo siento pero no extraño los libros.

Quizá porque pienso seriamente que la cultura está en esa gente que escribe con increíble brillantez expresiva en Twitter, por ejemplo, y que son médicos o estudiantes o vendedores de lavadoras o mi hija de quince años, y lo que veo es que ellos arrancan a perderse cuando aparece alguna iniciativa explícitamente relacionada con la cultura oficial o incluso, y esto es novedad, relacionada con el tradicionalmente bohemio y crítico “mundo de la cultura y los libros”. Tenemos

que rendirnos a la evidencia de que hay gente muy culta, muy inteligente, que no lee libros, y que no tiene ningún interés en ser rescatada por nosotros de las garras del mal. Esto es como con las vanguardias revolucionarias, de las que los latinoamericanos sabemos bastante: avancemos, perseveremos, pero consideremos la posibilidad de que el pueblo no quiera que lo liberemos tanto.

Finalmente, la figura del editor como estrella me incomoda porque claramente no lo merezco, pero también porque veo cada vez más casos de editores que no editan, porque no saben cómo se hace, pero crean una editorial porque el mundo no los comprende, porque quieren publicar lo que a *ellos* les gustaría leer –qué originales–, y creen estar haciendo algo nuevo, y creen tener por supuesto el derecho a que el Estado financie sus gustos personales y los de sus amigos. ¿Por qué?

Quizá me incomoda, digo, porque veo editoriales con fama de aguerridas que en realidad son como imprentas, es decir meras correas transmisoras, donde lo que entra es exactamente igual que lo que sale. ¿Cuál es la gracia, por qué no montan imprentas directamente? ¿Qué es lo que tenemos que aplaudir aquí? ¿Y por qué no tenemos casi en Latinoamérica editoriales pequeñas o independientes dedicadas a hacer divulgación científica, a hacer trivia bien hecha, a hacer manuales de Carreño progresistas, a hacer espléndidas guías de transporte público, o libros que enseñen con gracia y con rigor estadística, o retórica política, o, no sé, historia popular? Pareciera que solo lo literario dignifica, y esa me parece una derivada muy poco progresista, políticamente hablando, y sobre todo muy aburrida.

Esto último, lo del aburrimiento digo, tiene que ver con algunos defectos genéticos de la maleducada Palet, que explicaré solo porque me pidieron que hablara de mi carrera como editora, y la verdad es que no encuentro otra manera de hacerlo, de mostrar lo que he hecho, porque si tengo alguna especialidad es en éxitos secretos, en dar ideas a otros, en trabajar para otros y que no se sepa. Entonces, ahora voy a contar lo del tedio y su relación con la “edición reticente”, reconociendo que lo que he hecho es inventarle a posteriori un nombre más o menos digno a una carrera o una opción editorial que he llevado adelante sin ningún plan y que es fruto de una larga serie de aciertos involuntarios, talentos igualmente involuntarios, buenos reflejos, buen oído, pero también toneladas de boludez, pudor, escasa disposición a la acción, gran tolerancia a las oportunidades perdidas, muchos no cuando debía ser sí, y solo unos pocos sí cuando todo indicaba que no.

A mí me gusta mucho comer, y me como toda la comida como una buena niña, pero no me van a agarrar nunca para *hablar* de comida. Me produce tedio el tema, no le veo el punto, y comentar la vida y sinsabores de los cocineros la verdad es que tampoco es mi idea de diversión. Lo mismo con la literatura. No puedo vivir sin ella, la disfruto intensamente, la consumo mucho más que el promedio de la población, pero tengo ese defecto genético: en general lo que gira en torno de la literatura y los escritores me produce narcolepsia. Me interesa la política, las ciencias cognitivas, la historia de la lengua y los últimos avances en máscaras de pestañas. Me intrigan las enfermeras, profundamente, los criminales también, los pilotos de avión y los estafadores, pero no los escritores. Me pueden gustar como personas, por supuesto, pero no *en tanto* escritores, no *porque* son escritores. No me interesa cómo construyen su obra, ni por qué, y no he logrado justificar sus

manías y egomanías en alguna especie de sufrimiento o redención que sería superior a los de las demás personas.

Lo que es un problema, por supuesto, porque trabajo con escritores. Entonces, es posible que tenga una visión deformada del oficio porque yo misma soy una especie de impostora: no tengo todo lo que hay que tener, y hay partes del trabajo que hago realmente mal. No soy la mejor acompañando a los autores en sus procesos, soy muy mala para negociar también, no sé nada de teoría literaria y no podría discutir con la crítica porque a duras penas entiendo lo que dicen, y para más remate no hablo por teléfono.

A mis alumnos les enseño que hay que saber qué quiere la gente, qué necesita, y hoy en el lenguaje del mercado eso significa crear o controlar comunidades de lectores, promover la circulación de los contenidos, pensar libros personalizados y sobre todo exhibir a los autores. Como lo dije en una columna en *El Malpensante*, en momentos en que el libro comienza a esfumarse o difuminarse como objeto, a los editores lo que nos va quedando es gestionar directamente la gallina, esto es el autor como producto, como espectáculo. Y por lo tanto empezar a funcionar más como agente artístico que como editor en su sentido clásico. Pero eso implica mucho teléfono, muchas, muchas cenas, toneladas de café o alcohol y una serie interminable de reuniones. ¿Qué hacemos entonces los escritores y los editores a quienes ese modo de trabajar no nos acomoda? ¿Los más bien callados, los socialmente torpes, los de reacción lenta? ¿Qué hacemos con una vida entera leyendo lo máximo y hablando lo mínimo? ¿Y qué hacemos si no admiramos ciegamente a nuestros autores pero tenemos que promoverlos como si fueran los lady Gaga del género? Creo que la respuesta es que hay que hacer un esfuerzo por levantar el teléfono de vez en cuando, pero también hay un camino, esto que he llamado la edición sí pero no, que no es perfecto, ni siquiera es el mejor, y no implica en absoluto desdén por otros modos de hacer las cosas, sino que es simplemente el que está a la altura de mis posibilidades.

Y aquí es donde entra mi propia empresa editorial, que es como tantas otras, todavía pequeña y débil, aun en la etapa de formación de su personalidad. Tan débil es que en rigor ya no existe. Los Libros Que Leo, que se llamaba así porque uno de los tres socios era el dueño de una librería de Santiago llamada Qué Leo, apareció en 2011 y cerró el 2013, pero reaparece justamente ahora en febrero con otro nombre y otros socios. Se llamará Libros del Laurel pero todo el resto es lo mismo: una editorial sin colecciones, sin logo por ahora, que puede publicar lo mismo un libro de columnas de fútbol como uno con frases sacadas de películas, cuentos de un autor nuevo que curiosamente se venden, el diario de un desconocido, divulgación científica o libros del siglo XIX, que es la mera antigüedad medido en tiempo latinoamericano.

Es una editorial con vocación de no crecer demasiado –por ese problemita de la fobia a las reuniones–, y con el pie forzado de que ninguno de sus socios se dedica a ella como primera ocupación, sino en nuestros tiempos libres. Cuando me jubile o me case con un multimillonario, lo que llegue primero, podré dedicarle todo mi tiempo, pero por ahora tendrá una producción magra, porque la parte del trabajo editorial que sí hacer es justamente la que no es escalable, la que no se puede apresurar.

Sobre la línea editorial, esta niña aún está como dije formando su personalidad, y la única restricción en principio será no hacer lo que nos aburra hacer, porque para eso está todo el resto de la vida. Por lo demás, creo que es posible publicar manuales, vidas de santos, sudokus, periodismo, novelas y memorias en una misma editorial e incluso en un mismo sello; la gente no necesita tantas explicaciones. Será, entonces, como un banco de pruebas, una especie de gimnasio editorial donde se tantea o ejercita algunas habilidades y algunas ideas provisionales.

De lo que se trata es de hacer libros que podrían llegar a ser un fracaso de ventas, pero no un fracaso editorial. Estos son dos conceptos que la prensa e incluso algunos editores desnortados confunden a menudo. Un libro que no vende es un fracaso de ventas, no hay misterio ahí. Pero si ha sido un libro bien estructurado, ingenioso, bien pulido, sin errores, con una envoltura armónica con su contenido, un libro que trajo al mundo un fragmento de la cultura que antes no tenía existencia física, nunca será un fracaso editorial. Un fracaso editorial es un libro que no te salió bien, uno cuyas partes no terminan de encajar, uno que se miente a sí mismo, uno en que el editor fue condescendiente con el autor, uno en que este no fue tratado como un adulto sino como un niño al que todas las pataletas le son permitidas. Ese libro –una edición definitiva de la que quedó algo importante fuera, una edición llena de erratas porque a alguien le importó un carajo, una edición ilustrada con las tintas mal calibradas, una edición de bolsillo que salió cara, una edición que avergüenza a su editor en el mismo momento de salir al mundo–, *eso* es un fracaso editorial, y que sea o no además un fracaso de ventas es muy pero muy distinta cosa.

Tenemos la pretensión, entonces, de hacer libros buenos, pero posiblemente no tendremos autores de alto pánico, esto es de difícil administración, y nuestros movimientos serán bastante más lentos que lo requerido para ser calificados de eficientes. O sea, sí pero no. En la parte sí, quiero continuar con dos prácticas con las que he tenido éxito en el pasado, ambas extraordinariamente simples.

Yo llamaría éxito en el campo editorial a hacer algo que era obvio que había que hacer pero que nadie había hecho. Como ustedes deben saber Chile es el papi de la astronomía mundial desde que se han instalado en el desierto de Atacama los telescopios más potentes del mundo, así que, si los marcianos no llegaron ya, están a punto, y eso lo vamos a saber primero en Chile. Y bien, a nadie se le había ocurrido que en el país debía haber libros de astronomía para público general. Era obvio, pero no había. El año 2007 propuse empezar una colección de divulgación astronómica en la editorial en que trabajaba entonces. Recuerdo que el director general de la casa matriz en España se rió mucho en ese momento, esta loca que quiere hacer libros de astronomía en Chile, a quién le puede interesar, pero lo hicimos, les fue muy bien, les sigue yendo muy bien, ganaron incluso el Premio a la Edición de la Feria del Libro de Santiago, y hoy no hay una sino varias colecciones de astronomía en Chile.

Otro modo de apuntarle es estar dispuesto a investigar mundos que no son el nuestro, que están fuera del núcleo de nuestros gustos personales e incluso de los gustos del periodismo cultural más inmediatista, ese que tanto nos presiona y condiciona. Por razones que algún sociólogo debería estudiar, en Chile hay más seguidores del heavy metal que en todo el resto de América, junto con Canadá. Hay decenas de bandas, miles y miles de seguidores: hasta los policías de los carros

lanzaaguas que reprimen las marchas estudiantiles escuchan metal. A mí me parece una música espantosa, la verdad, pero ahí había toda una cultura que investigar, y desde el punto de vista comercial, todo un público que estaba huerfanito, descuidado, sin nadie que le hiciera caso. Se hizo un par de libros sobre la escena metalera en Chile y ese público ya no está huerfanito ni descuidado, y nosotros sabemos más de un fenómeno que también es cultura.

Así que en “la parte sí” lo que puedo aportar es una curiosidad sincera por el mundo que está más allá de las bibliotecas y los cafés literarios, e ideas para que esa curiosidad se transforme en libros. En “la parte no”, lo que quisiera intentar en los Libros del Laurel es la edición reticente en el sentido de que haremos los mejores libros que buenamente podamos, pero no estoy dispuesta a crecer hasta llegar a estar todo el día en movimiento, porque la gracia de este oficio es que uno se puede levantar tarde y trabajar echada en la cama. Como ya tengo hijos propios que cuidar, tampoco estoy dispuesta a ejercer de madre, psicoanalista o secretaria de mis autores; en otras palabras, solo quisiera trabajar con adultos autónomos, bien medicados y responsables de sus acciones. No quisiera perseguir a los periodistas con mis preciados y escasos ejemplares para que ellos los regalen a sus novias o los usen para enderezar la pata de la mesa. Estoy plenamente dispuesta a publicar algo que personalmente no me guste, por qué no, pero no a publicar algo que me dé vergüenza porque sé que está mal hecho, porque no merecía su existencia. Por último, si hay que jugar el juego de competir por obras o autores, se habrá de hacer, pero creo que no jugar, retirarse con elegancia y en general la disposición a perder deberían también ser consideradas habilidades editoriales, y por qué no morales, en el mundo de hoy.

No sé si lo consiga –tengo unos socios, no me mando sola–, pero estos son mis principios; si no les gustan estoy jodida, porque no tengo otros.